



Poesía

I

Toma vinagre, mi señor.

El pozo está lejos y la noche se acerca.

Coloca estos sorbos amargos como las veces que negaste el amor de la pecadora.

Arden los labios, mi señor.

Dolorosas heridas como los besos que ya no probarás.

Y quisiste preguntar por ella, pero el pudor pudo más y sólo gritaste: dios mío, dios mío, ¿por

qué me has abandonado?

Se extingue tu aliento, se extingue su amor.

Su nombre será pronunciado por otros hombres.

Muere en paz, mi señor.



II

El amor siempre fue esta forma inconclusa que nos negábamos a acercar a la luz. Nos bastaba lo que alcanzábamos a ver. Allá afuera hay demasiada realidad, pensaba. Desde el café hasta la esquina más ignorada está inundada con ella. Si era una mitología o una certeza no importaba. Éramos felices y no nos interesaba el saber la razón. Qué otros busquen sus dolorosas y necias razones.

59



III

Cuando ese dios llora, los ríos cobran venganza entre los hombres.

El trigo baja al infierno a quemarse, y las tardes pulen sus golondrinas para guardar luto.

Cuando ese dios llora el invierno impone toque de queda a las mariposas y los jardines mueren
de soledad.

60

Cuando ese dios llora, el silencio hiere al frío de la noche quemando todos los versos.

Cuando ese dios llora tú me guardas desprecio porque no lo amo.

Entonces sus muertos son mis muertos y la conciencia me arde en el pecho.



IV

Te llevo en mi pecho con orgullo.

Cómo si fueras la cicatriz que me hice salvando una vida.

Eres la prueba de que la memoria eclipsa la piel.

Yo te recuerdo y soy yo otra vez sin la cicatriz.

61



V

Bienaventurados los que no extrañan, porque de ellos es el camino.

Siempre tienen como dijo el poeta: el corazón distante y la maleta lista.

Bienaventurados los que no extrañan, porque a ellos pertenece la noche.

Son amos de todas las criaturas nocturnas de la memoria.

No los acecha la mortal nostalgia, ni el venenoso remordimiento.

Una serpiente extensa, tan extensa como un recuerdo les envuelve el cuello pero no los mata.

Ni esas criaturas que se posan en las ramas de los árboles llamadas miradas los inquietan. .

Bienaventurada seas tú que llegaste a lo más profundo del olvido.

62

Marlon Gustavo Múnera Gómez
Marlon.munera@curvirtual.edu.co
Docente programa de Medicina
Corporación Universitaria Rafael Núñez